



CUENTO GANADOR COLABORADORES

TRAVESÍA DE VIDA

Lorena Ramírez Zapata³

Las hojas sonaban cada vez que sus pies, reseco y sucios pisaban aquel suelo aporreado por el verano irritante. Una gota de sudor mojaba la frente de su brillante rostro que afanado avanzaba con ansias de encontrar algo, pero no sabía qué. Su cabello grasoso y brillante, mojado por la humedad del cuerpo, respondía a aquel ardiente y abrazador sol. Su cuerpo -un poco encorvado- transpiraba cansancio, pero algo había en aquella persona, sin saber qué era exactamente, que la hacía moverse hacia adelante.

Miró al cielo, deseosa de que el agua cayera sobre su rostro y refrescara su salada y reseca lengua; suspiró y siguió dando pasos, ahora lentos, mirando los brillantes rayos del sol, que no dejaban contemplar el panorama que se abría en el horizonte; de vez en cuando daba pequeños suspiros y su mente divagaba en pensamientos absurdos que no alimentaban nada.

Mirar hacia atrás no tenía sentido; allá solo se escuchaba un murmullo de risas infantiles y algunos gritos de sueños que pudieron ser y que se fueron esfumando a cada nuevo paso. El tiempo, aferrado a su mano, y a veces al corazón, avanzaba firme e implacable, azotando su cuerpo. El norte, era lo que siempre le habían dicho que debía tomar cuando se hallara perdida, para encontrarse y llenar ese vacío que sentía en las entrañas.

Recordaba ese sueño que la había hecho despertarse de repente y con una emoción en el corazón que no podía explicar, era una frase brillante en el cielo, de la que solo alcanzaba a divisar *paz*. También estaba el número 15, sabía muy bien que tenía que ir en búsqueda de ella, y por eso se decidió a comenzar ese camino, hasta hallar aquello que requería y que tanto necesitaba su alma para estar en paz.

³. Es Jefa del Programa de Antropología en el CAT Medellín; Correo electrónico: jefatura.antropologia@uniclaretiana.edu.co

Hacía bastante tiempo que no sentía nada; su rutina estaba plena de desmotivación por el día a día, sin un futuro claro; no había nada que despertara aquella emoción que logró ese sueño. Por eso, al escuchar el precipitado latir de su corazón, decidió tomar camino y encontrar aquello que le hiciera sentir plena.

Transitar no había sido fácil, el camino estaba áspero y el sol brillante aporreaba su ser a cada paso. El primer tropiezo fue crucial; cayó sobre la tierra con sus rodillas aporreadas que pronto se bañaron en sangre. Se limpió con las manos embarrándose las muñecas y cuando iba a levantarse encontró una placa en el suelo; era la figura de un rompecabezas del tamaño de sus dos pies, la limpió y en ella estaba escrita -en colores desgastados- la palabra "Tiana", acompañada de otra letra que no alcanzaba a distinguir antes de la "t" y que seguramente hacía parte de una frase; debajo se podían aun distinguir las palabras "años de". Un impulso hizo que las recogiera y que se las llevara consigo, así que las metió debajo de su camisa y continuó el camino.

Sin más nada en sus manos, se aferraba abrazando aquellas fichas con palabras, como si se tratara de sus propios sueños y representaran los anhelos de encontrar aquello que sabía que necesitaba pero que aún desconocía. Siguió su camino haciendo caso a su corazón; al fondo del camino, muy a lo lejos, vislumbró un árbol muy pequeño; era como una mota verde y pensó que quizá cerca habría agua. Sabía que con ese líquido podría refrescar cada célula que le habitaba y con esto sería por un instante inmensamente feliz, así que no debía rendirse.

Caminó y caminó, deteniéndose solo a ratos cuando las fuerzas la abandonaban; sabía que debía subir una colina y que una vez alcanzara su cima debía descender, para luego encontrarse otra nueva colina que tendría que ascender. Cuando este momento llegó, suspiró y supo que pronto estaría frente a aquella mota verde y que podría abrazarla y bajo su sombra buscar la tan anhelada agua. Estaba subiendo ya la tercera colina, cuando justo en la cima, de la nada apareció una piedra que no vio, que además le hizo zancadillas y que la hizo rodar. No supo cuánto tiempo dio vueltas por el suelo, pero

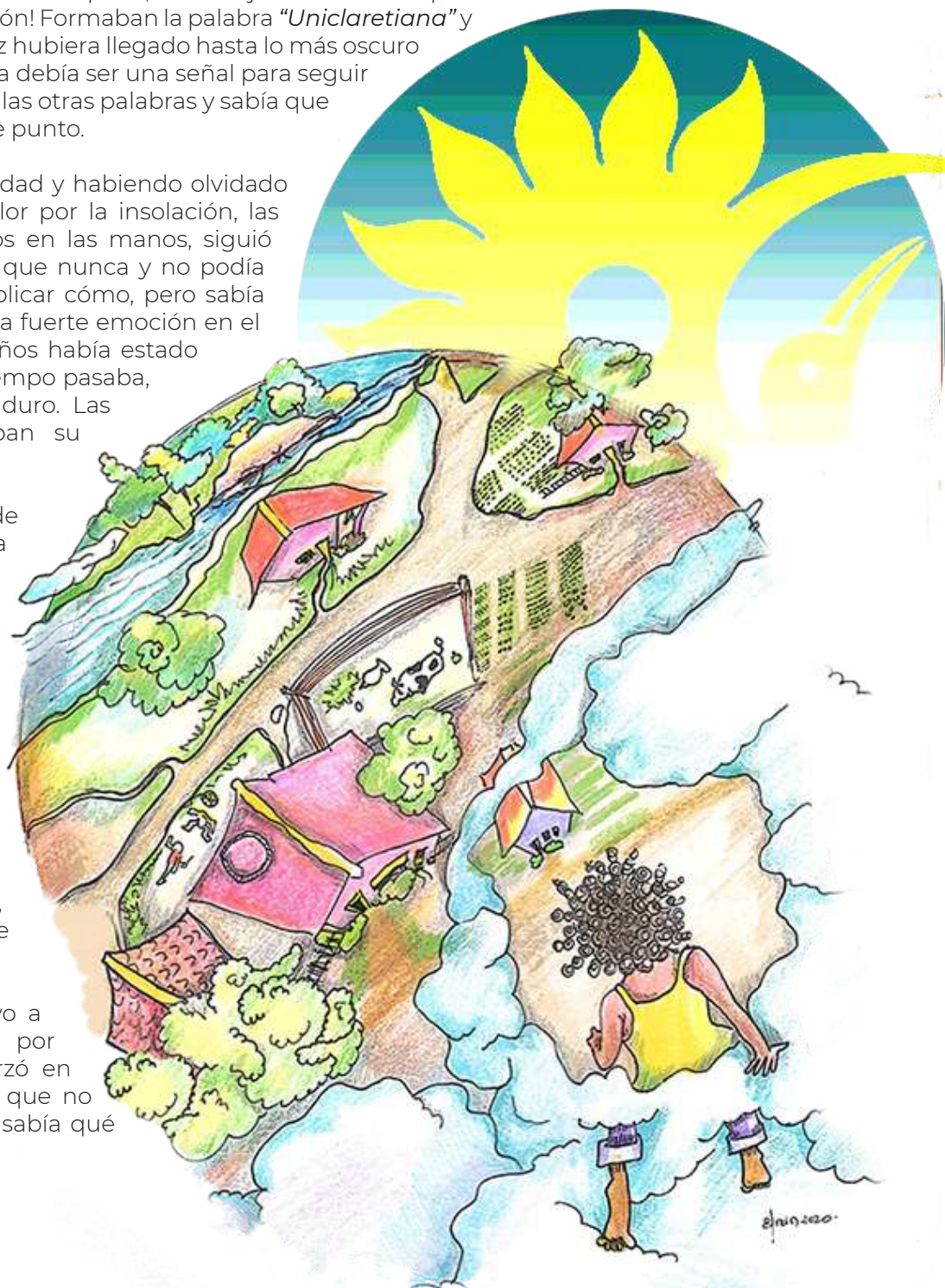
si sintió antes de quedarse dormida un golpe seco en su cabeza. No supo cuánto tiempo pasó antes de finalmente abrir sus ojos; lo primero que hizo, fue rechazar con la palma de su mano aquel resplandor solar, pero cayó en la cuenta de que la luz del sol no le abrazaba. Seguramente la tarde ya caía y por fin la anhelada y refrescante noche, se estaba apoderando de esa parte del mundo. Recordó la nube verde que había visto a lo lejos, sabía que estaba muy cerca y que no debía rendirse. Debía aprovechar aquella sombra para avanzar.

Se levantó como pudo y se percató de que las fichas aún seguían ancladas a su persona. Mientras terminaba de pararse, pudo notar que antes de desmayarse había chocado con otra ficha similar a las que ya llevaba consigo; esta tenía impresa la palabra "Uniclar", que tenía un poco desdibujada la letra "r". Como notó que estaba incompleta, decidió juntarla con la que decía "tiana"; ¡encajaban a la perfección! Formaban la palabra "Uniclaletiana" y entonces, como si un rayo de luz hubiera llegado hasta lo más oscuro de su vida, entendió que aquella debía ser una señal para seguir su camino; pero aún quedaban las otras palabras y sabía que su misión no culminaba en este punto.

Con el corazón inflado de felicidad y habiendo olvidado el hambre, el cansancio, el dolor por la insolación, las heridas en sus pies y los callos en las manos, siguió caminando; estaba más cerca que nunca y no podía rendirse, lo sabía, no podía explicar cómo, pero sabía que ese era su camino y aquella fuerte emoción en el pecho se lo confirmaba; por años había estado buscando algo y mientras el tiempo pasaba, su transitar se volvía más maduro. Las huellas que dejaba, mostraban su travesía por la vida.

Nunca había hecho parte de nada, y ahora la superaba la necesidad de sentirse parte de algo y por qué no, de un todo. Sabía que aquel trasegar había sido largo; ahora miraba sus manos y las veía más envejecidas; sabía que su rostro ya había sido marcado por alguna que otra arruga y hasta podía comenzar a distinguir aquellos mechones blancos que ahora aclaraban el color castaño de su cabello. El tiempo había sido implacable, pero se sentía más viva que nunca.

Un ventarrón la trajo de nuevo a la realidad cuando la tumbó por el suelo; como pudo, se esforzó en levantarse, aferrándose a algo que no alcanzaba a distinguir bien, ni sabía qué



era. Era tal la fuerza del viento, que no había podido abrir sus ojos, ni podía rendirse ante esta fuerza que bregaba por devolverla, así que como pudo, con una mano se aferró a ese algo y con la otra a las fichas que tenía de antes, para que no cayeran. Cuando cesó todo, se levantó y se sacudió el polvo, limpió sus ojos y al abrírlos, se dio cuenta que ya estaba debajo de aquel árbol que había divisado desde muy lejos; cuál sería su sorpresa cuando notó que de aquel gigante verde también se desprendía una nueva ficha; esta tenía inscrita la palabra *“humanismo”*.

Como pudo lo trepó subiendo por entre sus ramas; cuando se vio en su copa pudo divisar el panorama; a lo lejos podía verse, lo que para ella era un oasis. El paisaje se había vuelto refrescante y ahora estaba lleno de hojas verdes caídas de aquel árbol tan frondoso. No era su color favorito, pero jamás había estado tan feliz de verlo. Enredada entre las ramas de aquel árbol encontró una nueva ficha que decía *“inclusión y”*; la agarró con ganas y de inmediato se dejó caer con cuidado afincando con seguridad sus fuertes pies sobre el prado semiseco. Cuando comenzó a caminar hacia aquel oasis divisado, su corazón comenzó a latir a mil por hora. Estaba emocionada, sin entender muy bien qué era en definitiva lo que le hacía sentir tan viva e inmensamente feliz.

Su emoción era tanta que ni siquiera atinaba a mirar por dónde pisaba; sus piernas la llevaban hacia adelante moviéndose lo más rápido que podían. Todas las sensaciones se fueron quedando atrás; entre ellas hubo caídas, tropiezos y largos días con infinidad de enfermedades que golpearon su frágil cuerpo, pero su mente inquieta, quería avanzar, quería entender qué era lo que buscaba y por qué sus piernas se movían solas y se dirigían a eso que llamaban norte.

Ya hasta había olvidado el hambre, la sed, el dolor y el cansancio que sentía; ahora solo se dejaba mover por la emoción. Sin avisar, una fuerte tempestad se le vino encima como queriendo interrumpir su camino; ahora, su reseco cuerpo estaba totalmente empapado; el agua había enjuagado todo el sudor salado y -aunque quiso abrir los brazos para recibir la lluvia- la fuerte tempestad no se lo permitió, así que lo único que hizo fue acurrucarse y esperar a que el tiempo hiciera con su cuerpo lo que quisiera; al fin y al cabo, ya habían pasado años y eso era lo que siempre había hecho: esperar.

De un momento a otro la lluvia cesó, los rayos dejaron de espantarla y desaparecieron; en el cielo se asomó un rayo de luz que acarició su pelo mojado. Con tranquilidad se descubrió su rostro para secarse la cara y entonces se percató de que seguía abrazada a aquellas fichas y a sus palabras. Cuando levantó la mirada encontró una puerta con un arco inmenso que desprendía una luz brillante. Encima de él se encontraban unos espacios donde encajaban perfectamente aquellas fichas que seguían aferradas a sus manos y que tanto había cuidado. Con sorpresa vio que ya había otras palabras allí; otras que no se habían desprendido; una era el número *“15”*, y otras decían *“paz e interculturalidad”*.

Como si hubiera llegado de la nada, apareció una escalera que le permitió subir. Parecía que le estuviera invitando a que terminara de poner las fichas, así que se dispuso a esto y las fue acomodando con la misma tranquilidad con que deambulan las nubes por el cielo; finalmente logró conformar una frase: *“Uniclaetiana. 15 años de inclusión y humanismo, paz e interculturalidad”*

Cuando terminó esta tarea, una puerta se abrió para dar paso a un interior desconocido; aquel era un lugar lleno de calma, habitado por personas que le sonreían y que con los brazos extendidos le decían que la habían estado esperando todo este tiempo. Por fin, su alma estaba plena, por fin, era parte de aquel deseado todo.

